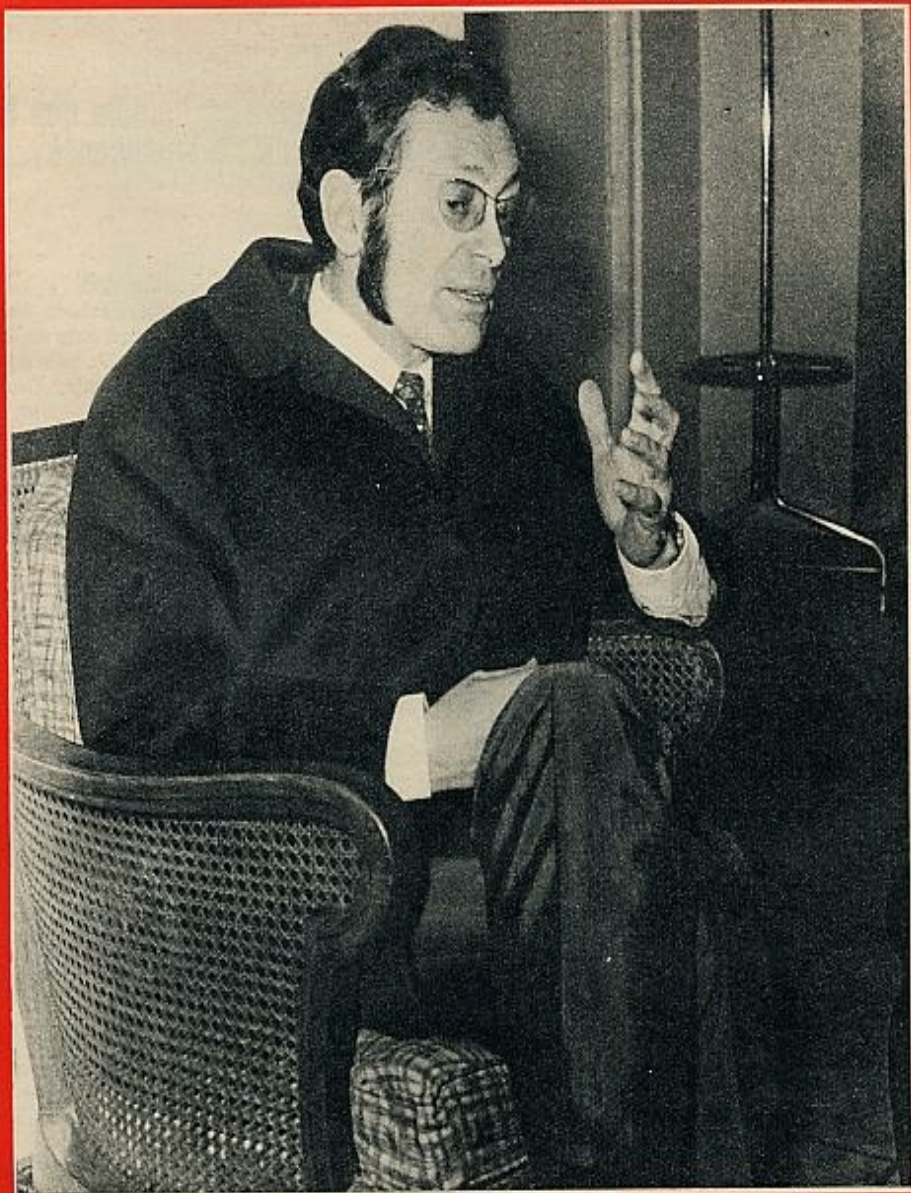


**MAURICE
CARRAZ,
CREADOR
DEL
SUERO
ANTI-RECHAZO**



"YO SALVE A BLAIBERG"

El mundo se conmovió cuando, el 3 de diciembre de 1967, el doctor Barnard trasplantó el corazón de una joven muerta en accidente a Louis Washkansky. El hospital Grootte Schuur, desconocido hasta entonces, salió a todos los periódicos. Allí, hora a hora, luchaba Washkansky contra la muerte. A pesar del buen curso postoperatorio —el enfermo realizó algunas comidas—, Washkansky murió. Blalberg, segundo operado de Barnard, ha superado ya el año con su nuevo corazón. El suero anti-rechazo llegó a tiempo esta vez...



● Maurice Carraz: «La guerra de los laboratorios impidió que Barnard pudiese utilizar mi suero después de intervenir a Washkansky...»

El propio Barnard lo ha dicho en una reciente entrevista: «El elemento determinante del éxito de los trasplantes es el rechazo». Lo que muchos ignoran es que el rechazo que estuvo a punto de acabar con Blaiberg fue combatido por el suero antilinfocitario del profesor Maurice Carraz. Y puede comprobarse en la actualidad que Blaiberg nunca se ha encontrado tan bien, como el propio Barnard ha declarado. Smith, el tercer hombre sobre el que Barnard ha practicado un trasplante, y del que nadie habla, se encuentra perfectamente, ya que, antes de la operación, Barnard le inoculó suero anti-rechazo. Hoy, cuatro meses después del trasplante, puede jugar al tenis. Cooley, el rival americano de Barnard, que ostenta el record de los trasplantes, recurrió a Carraz en Lyon. Todos los «grandes» de la cirugía conocen a Maurice Carraz, el hombre «providencial», como le llaman, pero el gran público no ha oído hablar de este hombre, sin el que «ni siquiera sería imaginable pensar en el éxito de un trasplante cardíaco o pulmonar».

Por una serie de razones, este hombre era completamente desconocido a causa de extraordinarias rivalidades profesionales; pero el propio Chris Barnard ha querido visitarle personalmente en Lyon: «Si existe un hombre importante de quien no se habla para nada, ése es él —me dijo Barnard, señalándome con el dedo a su amigo Carraz—. Sin él yo valgo la mitad».

Fritz Derom, el primer cirujano que logró un trasplante de pulmón, en Lieja —ver TRIUNFO número 346—, me dijo hace unas semanas: «Cuando el problema del rechazo esté resuelto se habrá dado un paso considerable hacia el éxito total en materia de trasplantes —y había añadido—: crec que, en este terreno, los franceses están muy adelantados».

En realidad, esos franceses son... Maurice Carraz solo. Antes de la llegada de Barnard a Lyon había muy pocas personas que hubieran oído hablar de este inmunólogo, ni siquiera en Francia. Su papel, capital, había sido minimizado, y todos los proyectores se habían concentrado en el ejecutante. De hecho, si Barnard ha sido un director de orquesta genial, digamos que el papel de los músicos era desempeñado por Maurice Carraz.

Pero tras la personalidad avasalladora de Barnard, la de Carraz desaparece. Maurice Carraz no puede creer que todas las declaraciones halagüeñas que Chris Barnard hace sobre él le estén realmente dirigidas. Pero, en cualquier caso, él es el «jefe» en el Instituto Pasteur, de Lyon...

Con sus cuarenta y seis años, su cabeza de sabio, su ropa a la última moda —la de provincias— y sus patillas al estilo de los cantantes ye-yé, como Johnny Hallyday, Maurice Carraz no está aún preparado para afrontar la popularidad. Afortunadamente, su mujer le vigila. Y su mujer es una excelente «public-relations». Gracias a ella he podido enterarme de que su «marido había estado a punto de ser robado», y gracias a ella también me enteré de cómo Marius Barnard, hermano de Chris, le había convencido para que no dejara en «la sombra su genial descubrimiento».

WASHKANSKY PUDO SALVARSE

—Me ha dicho usted hace un rato, doctor, que si no hubiera habido oposición a su alrededor habría usted enviado su suero a

Barnard, y Louis Washkansky aún estaría vivo. ¿Puede explicarse este asunto?

—Se trata de una historia desagradable. Cuando Barnard intentó su primer trasplante sobre Washkansky mi suero estaba listo, yo sabía que sería indispensable para combatir el rechazo, quería enviárselo, pero en Lyon los equipos que trabajaban conmigo estaban celosos y se negaron a que enviase mi suero a un país extranjero.

—Lo que usted dice es muy fuerte.

—Es cierto; pregúnteselo a Barnard.

—Si he entendido bien, hubo una «guerra de laboratorios»...

—Eso es. Creo que cuando se posee un medio de salvar de la muerte a un hombre, este tipo de argumentación supranacional debe desaparecer, debe intentarse todo para salvar a ese hombre... y por eso es por lo que quiero crear, con ayuda de Chris, un banco mundial del suero...

—Un poco como lo que ha realizado el profesor Van Rode, en Holanda, al crear el «primer banco mundial de órganos»...

—Habla usted de Van Rode. Es amigo mío. Es el tipo más extraordinario que he conocido, es un hombre formidable, gana-



Louis Washkansky, el primer hombre a quien se trasplantó un corazón, murió porque no dejaron usar su suero.

rá el premio Nobel por sus investigaciones... y si he querido crear un banco mundial del suero antilinfocitario ha sido inspirándome en su prodigiosa idea. Un elemento le convencerá de la utilidad de este banco del suero. Shunway me telefona desde Estados Unidos una noche, para pedirme que le envíe mi suero. Los ingleses, lo mismo. Por tanto, hay que organizarse de modo que este suero exista de un modo standard, que se evite que el combate contra el rechazo no revista eternamente alres de salvamento de última hora.

—¿Cuál es, en su opinión, el «mejor equipo del mundo» en el terreno de la inmunología?

—En mi opinión, incontestablemente, el equipo de Leiden, en Holanda.

BARNARD, UN GRAN CIRUJANO

Al profesor Carraz le interesa en todo momento defender a su «amigo» Barnard. He aquí lo que dice «a propósito del problema de Chris Barnard»:

—Se le ha criticado, la evolución ha sido muy diferente en su caso... En los primeros días del trasplante se le aplaudió, y tres meses después se dijo: «Sí... es lamentable... es horrible». Y ni siquiera se le recibió en ciertas familias. Luego, hace tres meses, en Francia, no era muy bien visto... porque había un buen trasplantado que iba muy bien —el padre Boulogne—, uno se decía que a qué venía extasiarse con lo que se hacía en otras partes, cuando había uno en casa... que va igual de bien que «su Blaiberg»... pero yo había previsto la crisis de rechazo del padre Boulogne... Hubo que esperar al primer aniversario de Blaiberg para que volviera a ser lanzado. Efectivamente, si releo usted la prensa, al principio todo el mundo decía: «Este trasplante es una idiotez, jamás un perro ha vivido más de un año con un corazón trasplantado». Ahora, este tiempo se ha superado, y ha quedado demostrado que lo que era «ciencia-ficción» se ha convertido en realidad. ¿Ve usted? El mérito de Barnard está en haber sobrepasado este estadio. Me gustaría igualmente insistir sobre un punto, capital en cierto sentido: jamás Barnard ha perdido un paciente en las cuarenta



Barnard, con el matrimonio Carraz.

"Si existe un hombre importante del que no se habla para nada, ése es él —dice Barnard refiriéndose a Carraz—.

Sin él yo valgo la mitad". Carraz cree que algún día el suero podrá actuar también contra el cáncer.

y ocho horas que han seguido a la operación. Siempre ha sabido volver a poner un corazón en marcha. Y si se ha limitado en el número de trasplantes, otros equipos han intentado hacer muchos con menos éxito... Barnard dice: «Yo no he "hecho" más que tres enfermos, tengo dos que viven y quiero que vivan mucho tiempo». Y si viaja tanto es sólo para estar al corriente de los progresos... por sus enfermos. Para que, cueste lo que cueste, vivan. Eso es un gran cirujano. Alguien que sabe seguir a su paciente incluso después del éxito.

—Volvamos al caso de Louis Washkansky.

—Es seguro que si se hubiera seguido la terapéutica que ya habíamos puesto a punto estaría vivo... Nadie me animó a enviar el suero, y si hubiera querido hacerlo por iniciativa propia es seguro que hubiera encontrado enormes reticencias... Salté por encima de todo para Blaiberg, y envié por mi cuenta el suero a Barnard, a quien en aquella época no conocía personalmente.

—¿Qué cirujanos han recurrido ya a su suero?

—Shunway, en Estados Unidos; Colley, Barnard, naturalmente... pero aún nadie en Francia, lo que demuestra que nadie es profeta en su tierra.

—¿Cómo recurrió Barnard a usted para su «tercer hombre»?

—Primero me envió a su hermano Marius y a cuatro de sus colaboradores para asegurarse de que enviaría mi suero... y cuando estuvo seguro de ello decidió intentar el trasplante sobre Smith.

—¿Qué particularidad tiene su suero antilinfocitario, del que Barnard dice que es el mejor del mundo?

—No puedo darle la fórmula, que debe permanecer secreta, aunque en otras ocasiones ya haya hablado demasiado... pero puedo decirle que equipos enteros vienen de todo el mundo para ver nuestros trabajos... Sin embargo, debo decir que se ha conseguido con medios de «amateurs», sin ayuda del Estado ni de capitales privados... Trabajo en un laboratorio que hace echarse a temblar a los «grandes jefes» de puro vetusto y mal equipado. En contrapartida tengo la suerte de tener a mi lado a hombres totalmente entregados, que trabajan hasta dieciocho horas diarias.

«INTENTARON ROBARME LA FÓRMULA»

—¿Ha intentado alguien «robarle» la fórmula?

● «Sin él, yo valgo la mitad», dice Barnard

—Sí. Pero también han intentado pasar mis trabajos en silencio... En la medicina, sobre todo en la investigación, no hay que ignorar los métodos de «espionaje» ni las guerras intestinas. Si Barnard no hubiera reconocido el valor de mi suero, creo que nadie hablaría hoy de mí. Considero un error querer comercializar el suero, ya que incidentes se producen en todos los equipos, incluso cuando tienen datos muy precisos... Lo que me interesaría sería pretender lo contrario, pero mientras no haya una unificación, una centralización mundial de los sueros existentes en el mundo, habrá un gran peligro de accidentes.

—¿Por qué esas reticencias, cuando usted mismo, al principio de nuestra entrevista, me decía que este suero podía resolver el problema de todos los trasplantes de órganos?

—En primer lugar, porque nada, en el terreno biológico, puede ser asimilado a una panacea... Luego, porque la experiencia —actualmente— no es lo suficientemente grande, no se tiene la necesaria perspectiva. Dese cuenta de que la primera estadística mundial no se basa más que en cuarenta enfermos. Y eso hablando de los trasplantes renales. Por el contrario, entre los enfermos cardíacos hay bastantes tratados con suero antilinfocitario, pero puede decirse que para los ciento dos trasplantes se han utilizado diez sueros diferentes. Lo cual, en biología, no es estadísticamente válido. No es un criterio, y por ello hay que standardizar todo esto. Hay que ofrecer a equipos como el de Barnard un suero perfecto. Por otra parte, trabajamos en estrecho contacto con el equipo de Leiden.

—¿Cuáles son, pues, en la actualidad, los riesgos que corre un enfermo con ocasión de un trasplante de corazón?

—No hay ningún riesgo quirúrgico. El único sigue siendo el rechazo y es por lo que el suero es absolutamente indispensable.

—En consecuencia, cuando el rechazo se haya vencido, ¿los trasplantes de corazón se harán tan frecuentes como las simples operaciones de apendicitis?

—En esta biología, enteramente nueva, no lo olvide, hay aún pocos datos precisos. Pero yo, como inmunólogo, creo que puede llegar a vencerse ese período del rechazo... Entonces,

como usted dice, los trasplantes de órganos se harán tan banalmente como una operación de apendicitis.

EL CÁNCER SERÁ VENCIDO

—¿Se trata de una ocasión única de vencer esta barrera del rechazo?

—No. Se hacen muchos estudios intentando inmunizar a los individuos con antígenos de tejidos, de modo que ellos mismos fabrique sus sueros... Es lo que actualmente estamos haciendo con caballos. Este método es tan válido como otro cualquiera, pero, de momento, no puede asegurarse. De lo que estamos seguros es de que el suero antilinfocitario no es tóxico. Tengo enfermos que han sido tratados durante dos años de modo continuo con mi suero y no han dado ningún signo de toxicidad... Tengo enfermos del riñón que han podido reanudar sus actividades alrededor de un mes y medio después de la operación.

—¿Cuál es el problema actual que frena el número de los trasplantes de corazón en el mundo?

—Incontestablemente, la falta de suero.

—¿Cuándo salió el primer suero?

—En mayo de mil novecientos sesenta y seis. Ya ve usted que es muy reciente, luego toda esperanza está justificada. Y eso, en un futuro muy próximo.

—Los trasplantes se hacen ahora casi corrientemente. Si en este aspecto la medicina ha dado un salto asombroso, parece que se ha quedado retrasada respecto al cáncer...

—Eso no es asunto mío, pero me extrañaría que en los años próximos no se encuentre el medio de vencerlo. Para mí, el trasplante ha terminado. No nos queda sino un paso para llegar a trasplantes que no produzcan incompatibilidades y otro para llegar a los trasplantes animales. Pero creo, sobre todo, que, desde el punto de vista inmunológico, el suero es algo que puede resolver el setenta por ciento de las enfermedades de las que sufre el hombre.

—¿Y entre ellas el cáncer?

—¿Sabe usted? Hay enfermedades contra las cuales no tenemos ningún arma... El suero quizá sea, quizá llegue a ser una de ellas... ■ ALAIN AYACHE.

(Flash Press)